

Edición/ Imeldo Álvarez García
Diseño y cubierta/ Ernesto Joan
Realización/ Emigdis García Cordovés
Composición/ Beatriz Pérez Rodríguez

© Sobre la presente edición:
Centro de Estudios Martianos, 2001

ISBN 959-7006-51-0

Centro de Estudios Martianos
Calzada # 807, esq a 4,
El Vedado, Plaza,
La Habana 10400, Cuba.
Fax: (537) 337221
e-mail: amarti@cubarte.cult.cu

...cuando el delegado argentino Sáenz Peña dijo,
como quien reta, la última frase de su discurso
sobre el Zollverein, la frase que es un estandarte,
y allí fue una barrera: “Sea la América para la
humanidad”, —todos, como agradecidos,
se pusieron en pie, comprendieron lo que se decía,
y le tendieron las manos.

JOSÉ MARTÍ
“La conferencia de Washington”
La Nación, Buenos Aires,
9 de mayo de 1890.



América para la humanidad

Desde fines del siglo xx se extiende la moda del olvido de la historia que, como las modas del vestir, benefician más a quienes las promueven o imponen, que a quienes la ejercen. Con la entrada en el nuevo milenio, la América que va desde el Río Bravo hasta la Patagonia tiene ante sí grandes desafíos. Tal vez ninguno sea mayor que la amenaza de disolución por absorción de naciones de nuestra América como aspira la política actual del gobierno de Estados Unidos a través de un acuerdo continental de comercio que cínicamente llaman libre. Corto, y muy costoso, sería para América Latina y el Caribe el camino de la desmemoria. Para recordarlo, con conciencia de siglos, nos llega la voz de José Martí, quien fuera también el cronista mayor de la Conferencia Internacional Americana (Washington, 1889-1890):

Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, (...) y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opues-

tos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Este volumen, que invita a pensar el presente y el futuro de América de la mano de la historia, está compuesto por algunas de las páginas escritas por José Martí en el contexto de la primera Conferencia Panamericana, cuando llamó a declarar la “segunda independencia” de la América española, como garantía para “el equilibrio del mundo”.

A la crónica “Congreso Internacional de Washington”, publicada en La Nación, de Buenos Aires, en diciembre de 1890, le sigue el discurso “Madre América”, pronunciado por Martí ante delegados a la citada conferencia en la noche del 19 de diciembre, durante una velada a ellos ofrecida en Nueva York por la Sociedad Literaria Hispanoamericana.

A la crónica y el discurso le siguen las páginas del artículo “La Conferencia Monetaria de las repúblicas de América”, redactadas al concluir dicha conferencia en la cual tomó parte activa como delegado de Uruguay. Aún siendo partidario de la futura unión monetaria a escala planetaria, Martí, para quien la política exterior era el arte “de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los pueblos”, subraya:

Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro

X

con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores.¹

Los textos de José Martí que integran América para la humanidad se ordenan cronológicamente. El contenido de los mismos corrobora la dimensión universal de la obra martiana, cuyo autor fue consciente de la utilidad de su empeño y se consagró a una labor de alcance planetario que incluyó la plena independencia de Cuba. Había escrito con motivo de la conmemoración del tercer aniversario del Partido Revolucionario Cubano:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana;— y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de

¹ O. C., t. 6, p. 158.

ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.²

Podrá apreciar el lector la vigencia actual de estos textos, pero, además, para que se valore con coherencia y continuidad la tradición política cubana, presentamos como colofón las palabras del presidente Fidel Castro, pronunciadas el pasado 1 de mayo en el contexto de la primera gran protesta de América Latina y el Caribe contra el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA). El reclamo de un plebiscito viene a ser, más de un siglo después, el obstáculo al carro de la anexión, reclamado entonces por Martí, quien al leer del periódico neoyorquino *The Sun*, “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro”, se recomendó en 1889: “Mejor será cerrarle al carro el camino.”

ARMANDO HART DÁVALOS
La Habana, 19 de mayo del 2001

² O. C., t. 3, p. 142.

XII

Congreso Internacional de Washington

Su historia, sus elementos
y sus tendencias



Nueva York, 2 de noviembre¹ de 1889.

Señor Director de La Nación:

“Los panamericanos”, dice un diario. “El Sueño² de Clay”, dice otro. Otro: “La justa influencia”. Otro: “Todavía no”. Otro: “Vapores a Sudamérica”. Otro: “El destino manifiesto”. Otro: “Ya es nuestro el golfo”. Y otros: “¡Ese congreso!”, “Los cazadores de subvenciones”, “Hechos contra candidaturas”, “El congreso de Blaine”, “El paseo de los panes”, “El mito de Blaine”. Termina ya el paseo de los delegados, y están al abrirse las sesiones del congreso internacional. Jamás hubo en América, de la independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen

¹ En LN: “noviembre 2”.

² En LN: “sueño”.

a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso,³ que no

3 Sin coma en LN.

los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México,⁴ Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse⁵ para su dominio.

De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las dotes rapaces. No fue nunca la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en

⁴ En LN siempre: “Méjico”.

⁵ En LN a continuación: “para su provecho y bajo su dominio”.

dejar a una masa de hombres, so pretexto⁶ de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.

No se le había secado la espuma al caballo francés de Yorktown cuando con excusas⁷ de neutralidad continental se negaba a ayudar contra sus opresores a los que acudieron a libertarlo de ellos, el pueblo que después, en el siglo más equitativo⁸ de la historia, había de disputar a sus auxiliares de ayer, con la razón de su predominio geográfico, el derecho de amparar en el continente de la libertad, una obra neutral de beneficio humano. Sin tenderles los brazos, sino cuando ya no necesitaban de ellos, vio a sus puertas la guerra conmovedora de una raza épica que combatía, cuando estaba aún viva la mano que los escribió, por los principios de albedrío y decoro que el norte levantó de pabellón contra el inglés: y cuando el sud, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad, no le puso los reparos que le hubiera podido poner, sino que con los labios que acaban⁹ de proclamar que en América no debía tener siervos ningún

6 En LN: “pretesto”.

7 En LN: “excusas”.

8 En LN, coma. A continuación: “y de la historia”.

9 En LN: “acababan”.

monarca de Europa, exigió que los ejércitos del Sur¹⁰ abandonasen su proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo,¹¹ de la servidumbre de una monarquía europea. Acababan de unirse, con no menor dificultad que las colonias híbridas del Sur, los trece estados del Norte¹² y ya prohibían que se fortaleciese, como se hubiera fortalecido y puede fortalecerse aún, la unión necesaria de los pueblos meridionales, la unión posible de objeto y espíritu, con la independencia de las islas que la naturaleza les ha puesto de pórtico y guarda. Y cuando de la verdad de la vida, surgió, con el candor de las selvas y la sagacidad y fuerza de las criaturas que por tener más territorio para esclavos, se entraron de guerra por un pueblo vecino, y le sajaron de la carne viva una comarca codiciada, aprovechándose del trastorno en que tenía al país amigo la lucha empeñada por una cohorte de evangelistas para hacer imperar sobre los restos envenenados de la colonia europea, los dogmas de libertad de los vecinos que los atacaban. Y cuando de la verdad de la pobreza, con el candor del bosque y la sagacidad y poder de las

10 En LN, siempre: “sur”.

11 Sin coma en LN.

12 En LN, siempre: “norte”. A continuación, coma.

criaturas que lo habitan, surgió,¹³ en la hora del reajuste nacional, el guía bueno y triste, el leñador Lincoln, pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejara comprar, para vertedero de los negros armados que le ayudaron a asegurar la unión, el pueblo de niños fervientes y de entusiastas vírgenes que, en su pasión por la libertad, había de ostentar poco después, sin miedo a los tenientes madrileños, el luto de Lincoln; pudo oír, y proveer de salvoconducto¹⁴ al mediador que iba a proponerle al Sur torcer sus armas sobre México, donde estaba el francés amenazante, y volver con crédito insigne a la República,¹⁵ con el botín de toda la tierra, desde el Bravo¹⁶ hasta el istmo. Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el “nada sería más conveniente de Jefferson”; con “los trece gobiernos destinados” de Adams; con “la visión profética” de Clay; con “la gran luz del Norte” de Webster; con “el fin es cierto, y el comercio tributario” de Summer;¹⁷ con el verso de Sewall, que va de boca en boca, “vuestro es el continente entero y sin límites”;

13 Sin coma en LN.

14 Coma en LN.

15 En LN: “república”.

16 En LN: “Braw”.

17 En LN: “Sunmer”.

con “la unificación continental” de Everett; con la “unión comercial” de Douglas;¹⁸ con “el resultado inevitable” de Ingalls, “hasta el istmo y el polo”; con la “necesidad de extirpar en Cuba”, de Blaine, “el foco de la fiebre amarilla”;¹⁹ y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo,²⁰ con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad;²¹ o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Pero si con esas conclusiones a que se llega, a pesar de hechos individuales y episodios felices,

18 En LN: “Douglass”.

19 En LN, punto y seguido.

20 En LN: “verlo”.

21 Coma en LN.

luego de estudiar la relación de las dos nacionalidades de América en su historia y elementos presentes, y en el carácter constante y renovado de los Estados Unidos, no se ha de afirmar por eso que no hay en ellos sobre estas cosas más opinión que la agresiva y temible, ni el caso concreto del congreso, en que entran agentes contradictorios, se ha de ver como encarnación y prueba de ella, sino como resultado de la acción conjunta de factores domésticos afines, personales y públicos, en que han de influir resistiendo o sometándose los elementos hispanoamericanos de nacionalidad e interés; los privilegios locales y la opinión de la prensa, que según su bando o necesidad es atrevida en el deseo, o felina y cauta, o abyecta e incondicional, o censoria y burlona. No hubo cuando el discurso inaugural de Blaine quien,²² dijese²³ por el decoro con que conviene enseñarse al extranjero, que fue el discurso como un pisto imperial, hecho de retazos de arengas, del marqués de Landowne,²⁴ y de Henry Clay; pero, vencida esta tregua de cortesía, mostró la prensa

22 Sin coma en LN.

23 Coma en LN.

24 En LN: "Landdowne". Seguido, sin coma.

su variedad saludable, y en ella se descubre que la resistencia que el pudor y el interés imponen, frente a la tentativa extemporánea y violenta de fusión, tiene como aliados naturales los privilegios de la industria local que la fusión lastimará,²⁵ y los diarios de más concepto,²⁶ y pensamiento del país. Así que yerra quien habla²⁷ en redondo, al tratar del congreso, de estas o aquellas ideas,²⁸ de los Estados Unidos, donde impera, sin duda, la idea continental y particularmente entre los que disponen hoy del mando, pero no sin la flagelación continua de los que ven en el congreso, desde su asiento de los bastidores, el empuje marcado de las compañías que solicitan subvención para sus buques, o el instrumento de que se vale un político hábil y conocedor de sus huestes, para triunfar sobre sus rivales por el agasajo doble a las industrias ricas, ofreciéndoles, sin el trabajo lento de la preparación comercial, los mercados que apetecen,²⁹ y a la preocupación nacional, que

25 En LN: “lastimaría”. Seguido, sin coma.

26 Sin coma en LN.

27 En LN: “hable”.

28 Sin coma en LN.

29 En LN, coma y pleca.

ve en Inglaterra su enemigo nato, y se regocija con lo mismo que complace a la masa irlandesa, potente en las urnas. Hay que ver, pues, cómo nació el congreso, en qué manos ha caído, cuáles son sus relaciones ocasionales de actualidad con las condiciones del país, y qué puede venir a ser en virtud de ellas,³⁰ y de los que influyen en el congreso y lo administran.

Nació en días culpables, cuando la política del secretario Blaine en Chile y el Perú salía tachada del banco del reo donde la sentó Belmont, por la prueba patente de haber hecho de baratero para con Chile en las cosas del Perú, cuya gestión libre impedía con ofrecimiento³¹ que el juicio y el honor mandaban rechazar, como que en forma eran la dependencia del extraño, más temible siempre que la querrela con los propios, y por base tuvo el interés privado de los negocios de Landreau a que servía de agente confeso el ministro de los Estados Unidos, que de raíz deslucieron,³² por manos del republicano Frelinghuysen, lo que “sin derecho ni prudencia” había mandado

30 En LN: “ella”.

31 En LN: “ofrecimientos”.

32 En LN: “deshicieron”

hacer, encontrándose³³ de voceador en la casa ajena,³⁴ el republicano Blaine, quien perturbaba y debilitaba a los vencidos, con promesas que no les había de cumplir, o traían el veneno del interés, y a los vencedores les daba derecho a desconocer una intervención que no tenía las defensas de la suya, y a la tacha de mercenaria unía la de invasora de los derechos americanos. Los políticos puros viven de la fama continua de su virtud y utilidad, que los excusa de escarceos deslumbrantes o atrevimientos innecesarios,³⁵ pero los que no tienen ante el país esta autoridad y mérito recurren, para su preponderancia y brillo, a complicidades ocultas, con los pudientes, y a novedades osadas y halagadoras. A esos cortejos del vulgo hay que vigilar, porque por lo que les ve hacer se adivina lo que desea el vulgo. Las industrias estaban ya protegidas en los apuros de la plétora, y pedían política que les ayudase a vender³⁶ y barcos donde llevar sus mercancías a costa de la nación. Las compañías de vapores, que a condición de reembolso anticipan a los

33 En LN: “entrándose”.

34 En LN: “ágena”.

35 En LN, coma y pleca.

36 Coma en LN.

partidos en las horas de aprieto,³⁷ sumas recias, exigían, seguras de su presa, las subvenciones en lo privado otorgadas. El canal de Panamá, daba ocasión para que los que no habían sido capaces de abrirlo quisiesen impedir que “la caduca Europa” lo abriese, o remedar la política de “la caduca Europa” en Suez, y esperar a que otros lo rematasen para rodearlo. Los del guano de Landreau vieron que era posible convertir en su agencia particular la Secretaría de Estado³⁸ de la nación. Se unieron el interés privado y político de un candidato sagaz, la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición de dominio continental perpetuada en la república, y el caso de ponerla a prueba en un país revuelto y débil.

Surgió de la secretaría de Blaine el proyecto del congreso americano, con el crédito de la leyenda, el estímulo oculto de los intereses³⁹ y la magia que a los ojos del vulgo tienen siempre la novedad y la osadía.

Y eran tan claras sus únicas razones que el país, que hubiera debido agradecerlo, lo tachó

37 Sin coma en LN.

38 En LN: “secretaría de estado”.

39 Coma en LN.

de atentatorio⁴⁰ e innecesario. Por la herida de Guiteau salió Blaine de la secretaría. Su mismo partido, luego de repudiarle la intervención en el Perú, nombró, no sin que pasasen tres años, una comisión de paz que fuera para la América, sin muchos aires políticos, a estudiar las causas de que fuera tan desigual el comercio, y tan poco animada la amistad entre las dos nacionalidades del continente. Hablaron del congreso en el camino, y lo recomendaron a la casa y al senado a su vuelta.⁴¹

Las causas de la poca amistad eran, según la comisión, la ignorancia y soberbia de los industriales del Norte, que no estudiaban ni complacían a los mercados del Sur; la poca confianza que les mostraban en los créditos en que es Europa pródiga;⁴² la falsificación europea de las marcas de los Estados Unidos;⁴³ la falta de bancos y de tipos comunes de pesas y medidas;⁴⁴ los “derechos enormes” de importación que “podrían removerse con concesiones recíprocas”;⁴⁵ las muchas mul-

40 Errata en LN: “atentorio”.

41 En LN, punto y seguido.

42 Coma en LN.

43 Coma en LN.

44 Coma en LN.

45 Coma en LN.

tas y trabas de aduana, y “sobre todo, la falta de comunicación por vapores”.

Estas causas, y ninguna otra más. Estaba en el gobierno, a la vuelta de la comisión, el partido demócrata, que apenas podía mantener contra la mayoría de sus parciales, gracias a la bravura de su jefe, la tendencia a favorecer al comercio por el medio natural de la rebaja del costo de la⁴⁶ producción; y es de creer, por cuanto los de esta fe dijeron entonces y hoy escriben, que no hubiera arrancado de los demócratas este plan del congreso, nunca muy grato a sus ojos, por tener ellos en la mente, con la reducción nacional⁴⁷ del costo de la vida y de la manufactura, el modo franco y legítimo de estrechar la amistad con los pueblos libres de América. Pero no puede oponerse impunemente un partido político a los proyectos que tienden, en todo lo que se ve, a robustecer el influjo y el tráfico del país; ni hubiera valido a los demócratas poner en claro los intereses censurables que originaron el proyecto, porque en sus mismas filas, ya muy trabajadas por la división de opiniones económicas, encontraban apoyo decisi-

46 En LN se omite “la”.

47 En LN: “racional”.

vo los industriales necesitados de consumidores, y las compañías de buques, que pagan con largueza en uno u otro partido, a quienes las ayudan. La autoridad creciente de Cleveland, caudillo de las reformas, apretaba la unión de los proteccionistas de ambos partidos, y preparaba la liga formidable de intereses que derrotó en un esfuerzo postrero su candidatura. La angustia de los industriales había crecido tanto desde 1881, cuando se tachó la idea del congreso de osadía censurable,⁴⁸ que en 1888, cuando aprobaron la convocatoria las dos casas, fue recibida por la mucha necesidad de vender, más natural y provechosa que antes. Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el proyecto nacido de la conjunción de los intereses proteccionistas con la necesidad política de un candidato astuto. Cabe preguntar si, despejados estos dos elementos del interés político del candidato, y el pecuniario de las empresas que lo mantienen, hubiera surgido la idea⁴⁹ de un nuevo interés, y por sucesos favorables a la ampliación del plan, a un extremo político en que culminan, con la

48 Sin coma en LN.

49 En LN, a continuación: “del congreso, traída luego, por razones”

vehemencia de una candidatura desesperada, las leyendas de expansión y predominio a que han comenzado a dar cuerpo y fuerza de plan político, la guerra civil de un pueblo rudimentario, y los celos de repúblicas que debieran saber recatarlos de quien muestra la intención y la capacidad de aprovecharse de ellos.

Los caudales proteccionistas echaron a Cleveland de la Presidencia.⁵⁰ Los magnates republicanos tienen parte confesa en las industrias amparadas por la protección. Los de la lana contribuyeron a las elecciones con sumas cuantiosas, porque los republicanos se obligaban a no rebajar los derechos de la lana. Los del plomo contribuyeron para que los republicanos cerrasen la frontera al plomo de México. Y los del azúcar. Y los del cobre. Y los de los cueros, que hicieron ofrecer la creación de un derecho de entrada. El congreso estaba lejos. Se prometía a los manufactureros el mercado de las Américas: se hablaba, como con antifaz, de derechos misteriosos⁵¹ y de “resultados inevitables”: a los criaderos⁵² y extractores se les

50 En LN: “presidencia”.

51 Errata en LN: “misterosos”.

52 En LN: “criadores”

prometió tener cerrado a los productos de afuera el mercado doméstico: no se decía que la compra de las manufacturas por los pueblos españoles habría de recompensarse comprándoles sus productos primos, o se decía que habría otro modo de hacer-los comprar,⁵³ “el verso de Sewall,⁵⁴ corría de diario en diario, como lema del canal de Nicaragua: “o por Panamá,⁵⁵ o por Nicaragua, o por los dos, porque los dos serán nuestros”: “ya es nuestra la península de San Nicolás, en Haití, que es la llave del golfo”: triunfó⁵⁶ con la fuerza oculta de la leyenda, redoblada con la necesidad inmediata del poder, el partido que venía uniendo en sus promesas la una a la otra.

Y al realizarse el congreso, y chocar los intereses de los manufactureros con los de los criadores y extractores, se ve de realce la imposibilidad de asegurar la venta al fabricante proteccionista sin cerrar en cambio el mercado de la nación, por la entrada libre de los frutos primos⁵⁷ a los

53 En LN, a continuación: “ ‘el resultado inevitable’, ‘el sueño de Chay’, ‘el destino manifiesto’:”.

54 En LN: “Shwall”. Seguido, sin coma.

55 En LN: “Paraná”.

56 Coma en LN.

57 Coma en LN.

extractores y criadores proteccionistas; y la necesidad de salir del dilema de perder el poder en las elecciones próximas por falta de su apoyo, o conservar su apoyo por el prestigio de convenios artificiales, obtenidos a fuerza de poder, viene a juntarse, reuniendo el interés general del partido, al constante y creciente del candidato que busca programa a la ocasión de influjo excepcional que ofrece al pueblo que lo espera y prepara desde sus albores, el período de mudanza en que, por desesperación de su esclavitud unos, y por el empuje de la vida los otros, entran los pueblos más débiles e infelices de América, que son, fuera de México, tierra de fuerza original,⁵⁸ los pueblos más cercanos a los Estados Unidos. Así el que comenzó por ser ardid prematuro de un aspirante diestro, viene a ser,⁵⁹ por la conjunción de los cambios, y aspiraciones a la vida de los pueblos del golfo, de la necesidad urgente de los proteccionistas, y del interés de un candidato ágil que pone a su servicio la leyenda,⁶⁰ el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América.

58 En LN, coma y pleca.

59 En LN, coma y pleca.

60 En LN, coma y pleca.

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo. Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles⁶¹ no les ayudó jamás, o si conviene poner clara, y donde

61 En LN: “ayudarlos”.

el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional, —lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera influye él, para augurar si son más las probabilidades de que se reconozcan, siquiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella,— o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como debieran ser⁶² los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de

62 Coma en LN.

esquivarlo con habilidad, al paso del Juggernaut⁶³ desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios alqui-lones⁶⁴ de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos.⁶⁵

El Sun de Nueva York,⁶⁶ lo dijo ayer: “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro!”. Mejor será cerrarle al carro el camino.

Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos, y con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 19 de diciembre de 1889.
[Mf. en CEM]

63 Dudoso en LN: “Juggernaut”.

64 En LN: “aquilones”.

65 En LN, punto y seguido.

66 Se omite la coma.



Madre América



Señoras y señores:

Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción el júbilo que nos rebosa de las almas en ésta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la corteza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal el corazón, del guerrero magná-

nimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y sólo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente,—para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad,

como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, soltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la Flor de Mayo. Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede

perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonetes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la

daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el consejo, por sobre él lo convocaban los “hombres libres”. Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en la colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. Él pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y

el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rampante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbase para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la

poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodela, picas, quijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlaxcaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtémoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bocrotaes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú: en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados,

el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas y virreyes y oidores, o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persiguen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. “Quimeras despreciables” les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para

ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo; y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera la hoguera. Por la noche, baile. El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro o compra cuerpo a cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera profesando su fe en el cadalso del Paraguay iluminado el rostro por la dicha o al desfallecer al pie del Chimborazo “exhorta a las razas a que afiancen su dignidad”. El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde. La hija de Juan de Mena que lleva el luto de su padre, se viste de

fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere! ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. A caballo, la América entera. Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escaparse de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches, resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve,

cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el búho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado

el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo?

Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fue a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha

ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe,—libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno—¡pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca!—porque el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a puño de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles ni con fianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristan, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos

de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible? Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos. No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca dijo que estos países se salvarían y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios y congrega el sobrante útil del universo oprimido, también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el Sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más de alto a su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados,

sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano,—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ya mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan

hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: “¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!”

Discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana el 19 de diciembre de 1889, en una velada artístico-literana ante delegados a la Conferencia Internacional Americana

O.C., t. 6, p. 133-140.



La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América



El 24 de mayo de 1888 envió el presidente de los Estados Unidos a los pueblos de América, y al reino de Hawaii en el mar Pacífico, el convite donde el Senado y la Cámara de Representantes los llamaban a una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, “la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América”.

El 7 de abril de 1890, la Conferencia Internacional Americana, en que eran parte los Estados Unidos, recomendó que se estableciese una unión monetaria internacional; que como base de esta unión se acuñasen una o más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, que pudiesen usarse en todos los países representados en esta Conferencia; que se reuniese en Washington una Comisión que estudiase la cantidad, curso, valor y relación de metales en que se habría de acuñar la moneda internacional.

El 23 de marzo de 1891, después de un mes de prórroga solicitado de la Comisión Monetaria Internacional reunida en Washington, por la dele-

gación de los Estados Unidos, “para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata”, declaró la delegación de los Estados Unidos, ante la Conferencia, que la creación de una moneda común de plata de curso forzoso en todos los Estados de América era un sueño fascinador, que no podía intentarse sin el avenimiento con las demás potencias del globo. Recomendó la delegación el uso del oro y la plata para la moneda, con relación fija. Deseó que los pueblos de América, y el reino de Hawai que se sentaba en la Conferencia, invitasen unidos a las potencias a un Congreso Monetario Universal.

¿Qué lección se desprende para América, de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron, con el acuerdo del Congreso, en 1888, para tratar de la adopción de una moneda común de plata, y a la que los Estados Unidos dicen, en 1891, que la moneda común de plata es un sueño fascinador?

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el

bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué

elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América. ¿En qué instantes se provocó y se vino a reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, o no, que la política internacional americana es, o no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, o no, esta lección a Hispanoamérica los mismos Estados Unidos? ¿Conviene a Hispanoamérica desoir-la, o aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él,

y no podrá ser distinta de ellos. Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe.

Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse a un pueblo, se ha de ver qué daños, o qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra a los impacientes y a los incapaces no se ha producido a costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan a quienes lo admiran; sino que, aún cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza a que puede aspirar por sí, y llegar

por sí, con métodos propios,—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdennan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente,—porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber,—que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se

ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más,—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla,— ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que

rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir —por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo

de otro,— de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare a ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fío, un sistema de monedas cuyo fin es compeler a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que

sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable a los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer a quien le compra poco, o se niega a comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado a sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, o no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba a los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos, y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo que aumente este temor, daña a la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es depreciarla. La plata de Hispanoamérica se levantará o caerá con la plata universal. Si los países de Hispanoamérica venden, principalmente, cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar, por un sistema que quiere violentar

al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, o se recibiría depreciada, en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es el temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispanoamérica que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda que asegure mayor imperio y circulación a la plata de los Estados Unidos?

Pero el Congreso Panamericano, que pudo ver lo que no siempre vio; que debió librar a las repúblicas de América de compromisos futuros de que no las libró; que debió estudiar las propuestas de la convocatoria por sus antecedentes políticos y locales, —la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado,— la necesidad del Partido Republicano de halagar a sus mantenedores proteccionistas, —la ligereza con que un prestidigitador político, poniéndole colorines de república a una idea imperial, podía lisonjear a la vez, como bandera de candidato, el interés de los productores ansiosos de vender y la conquista latente y poco menos que madura en la sangre nacional;— el Congreso Panamericano, que demoró lo que

no quiso resolver, por un espíritu imprudente de concesión innecesaria, o no pudo resolver, por empeños sinuosos o escasez de tiempo,—recomendó la creación de una Unión Monetaria Internacional,—la creación de una o más monedas internacionales,—la reunión de una Comisión que acordase el tipo y reglamentación de la moneda. Las repúblicas de América atendieron, corteses, la recomendación. Los delegados de la mayoría de ellas se reunieron en Washington. México y Nicaragua, y el Brasil y el Perú, y Chile y la Argentina, delegaron a sus ministros residentes. El ministro argentino renunció el puesto, que ocupó más tarde otro delegado. Las otras repúblicas enviaron delegados especiales. El Paraguay no envió. Ni envió Centroamérica, fuera de Nicaragua, y de Honduras, cuyo delegado, hijo de un almirante norteamericano, no hablaba español. Presidió la Comisión, por acuerdo unánime, el Ministro de México. Sesiones de uso, comisiones previas, reglamento; lo uniforme no era allí la moneda, sino la duda, cambiada a chispazos en los debates,—la seguridad—de que no podía llegarse a acuerdo. Uno hablaba del “comercio real”. Otro se declaraba, antes de sazón, hostil “a esa idea imposible”. Pidió un delegado de los Estados Unidos una larga demora, “para tener tiempo de conocer la opinión

pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata”; y un delegado, al obtener que se redujese a términos de cortesía, lícita la pretensión excesiva del delegado de los Estados Unidos, estableció que “se entendiese cómo la demora era, para que la delegación del país invitante pudiera completar sus estudios preparatorios, puesto que de ningún modo se habría de suponer que la opinión de la Cámara de Representantes hubiese por necesidad de alterar las opiniones formadas de la Comisión”.

Cumplida la demora y desbandada la Cámara de Representantes sin haber votado, la ley de plata libre, las delegaciones ocuparon de nuevo sus puestos en la mesa de la Comisión. Acaso habían oído algunos lo que decían sin reserva gentes notables del país. Oyeron acaso que la Comisión no parecía bien a los que pasaban por amigos de la mayoría del gobierno. Que al gobierno no agradaba el interés de su minoría en mantener, por los que se tachan de artificios, la política continental. Que este alarde peligroso de la política continental, ni de una minoría era siquiera, sino de un solo hombre. Que esta Comisión hueca debía cesar, para que no sirviese de comodín político a un candidato que no se para en medios y sabe sacar montes de las hormigas. Que la simple dis-

cusión de una moneda de plata común alarmaba y ofendía a los mantenedores del oro, que imperan en los consejos actuales del Partido Republicano. Que los países Hispanoamericanos verían por sí, sin duda, si les quedan ojos, el peligro de abrirse, por concepto de cortesía o por impaciencia de falso progreso, a una política que los atrae, por el abalorio de la palabra y los hilos de la intriga, a una unión fraguada por los que la proponen con un concepto distinto del de los que la aceptan. Se puso en pie un delegado de los Estados Unidos, ante la Comisión por los Estados Unidos convocada para adoptar una moneda común de plata, y propuso, al pie de una robusta exposición de verdades—monetarias, donde llamaba “sueño fascinador” a la moneda internacional, que declarase la Comisión Inoportuna la creación de una o más monedas de plata comunes; que se opinase que el establecimiento del patrón doble de plata y oro, con relación universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas; que recomendase que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos gobiernos, a una Conferencia Monetaria Universal, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata. “Hay otro mundo —

decía el delegado— y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata a la dignidad del oro es el obstáculo grande e insuperable que se presenta hoy para la adopción de la plata internacional.” ¡Los Estados Unidos, pues, marcaban a la América complaciente el peligro que hubiera corrido en acceder con demasiada prisa a las sugerencias de los Estados Unidos!

A cinco repúblicas —a Chile, Argentina, Brasil, Colombia y Uruguay,— dio la Comisión el encargo de estudiar las proposiciones de los Estados Unidos, y la Comisión, unánime, acordó recomendar que se aceptase las proposiciones norteamericanas. “No podía extrañar la Comisión que los delegados de los Estados Unidos reconociesen las verdades que la Comisión Internacional se hubiera visto obligada a reconocer por sí misma. “La Comisión acataba, como que es de elemental justicia, al principio de someter a todos los pueblos del universo la proposición de fijar las sustancias y proporciones de la moneda esa que han de comerciar los pueblos todos.” “Sueño sería, impropio de la generosidad y grandeza a que están obligadas las repúblicas, negarse directa o indirectamente, con violación de los intereses naturales y los deberes humanos, al trato libé-

rrimo con los demás pueblos del globo.” Pero no propuso la Comisión, como los Estados Unidos, que se convidase “a las potencias del globo”, “por no correr el peligro, con una invitación no bastante justificada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, a los poderes que pudiesen ver en la convocatoria el empeño, por más que hábil y disimulado, de precipitarlos a una solución a que de seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia, o se lastima su puntillo con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema monetario un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido”. “La plata debe irse acercando al oro”. “La producción inmoderada aleja la plata del oro”. “A la moneda de plata no se la puede, ni se la debe, hacer desaparecer”. “Se ha de tender a la moneda uniforme, pero por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo para que tenga base que dure, y no por los recursos violentos del artificio llevado a la economía, que fomentan rencores y provocan venganzas, y no pueden durar”. “Pero el convite en conjunto no se recomienda. Y cuando a su paso por los detalles monetarios tocaba a la Comisión marcar el espíritu con que Hispanoamé-

rica los entendía, y entiende cuanto atañe a la vida individual e independiente de sus pueblos, lo marco así:

“Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen los factores todos que precedieron y acompañaron el hecho de su convocatoria sino para dar una muestra, fácil a los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres, —de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto con buena voluntad— y del afectuoso deseo de ayudar, con los Estados Unidos como con los demás pueblos del mundo, a cuanto contribuya al bienestar y la paz de los hombres”. “No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad”. “El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas; sino tratar esa paz y honradez con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus sol-

dados, y en la época revuelta de la constitución nos mantienen abiertas sus cajas”. “Los pueblos todos deben reunirse en amistad, y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acrecentamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos”. “Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la libertad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios”.

Cuando se pone en pie el anfitrión, los huéspedes no insisten en quedarse sentados a la mesa. Cuando los huéspedes venidos de muy lejos, más por cortesía que por apetito, hallan al anfitrión a la puerta, diciendo que no hay qué comer, los huéspedes no lo echan de lado, ni entran en su casa a la fuerza, ni dan voces para que les abran el comedor. Los huéspedes deben decir alto la cortesía por que vinieron, y cómo no vinieron por servidumbre ni necesidad, para que el anfitrión no crea que están tallados en una rodilla, o son títeres que van y que vienen, por donde

quiere que vayan o vengan el titiritero. Luego, irse. Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura. Un delegado hispanoamericano —entendiendo que la Comisión Monetaria no venía más que “a cumplir lo que se había recomendado”— apadrinó, sin ver que una recomendación lleva aparejada la discusión y confirmación antes del cumplimiento, la opinión sin cabeza visible que andaba serpeando por entre los delegados: que la Comisión Monetaria no había venido, como creían los Estados Unidos que la promovieron, a ver si podía y debía crearse una moneda internacional, sino a crearla ahora, aunque los Estados Unidos mismos reconociesen que ahora no se podía crear; y el delegado propuso un plan minucioso de moneda de América, que llamó “Columbus”, sobre los trazos de la moneda de la Unión Latina, más un Consejo de Vigilancia, “residente en Washington”.

No habían dicho los Estados Unidos que el obstáculo para la creación de la moneda internacional fuese la resistencia de la Cámara de Representantes a votar la acuñación libre de la plata, sino la resistencia del mundo vasto del otro lado de la mar a aceptar la moneda de plata en relación fija e igual con la moneda de oro; pero un delegado hispanoamericano preguntó así:

“¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de la plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de enero de 1892, cuando probablemente este asunto habrá sido decidido por el gobierno de los Estados Unidos?” Y cuando otro delegado urgía, por el decoro de los huéspedes, la aceptación, lisa y prudente, de las proposiciones de los Estados Unidos; salva la del Congreso Universal, habló un delegado hispanoamericano, que no habla español, para pedir y obtener la suspensión de la sesión. ¿Quién podía tener interés, puesto que los hispanoamericanos lo tenían, en que la Comisión promovida por los Estados Unidos continuase en funciones, contra la opinión terminante de los mismos Estados Unidos? ¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición a las proposiciones de los Estados Unidos? ¿A quién, sino a los que hacen bandera de la política continental, propuesta por los Estados Unidos, perjudicaba que la idea de una moneda continental se declarase imposible en la Comisión reunida para su estudio por los mismos Estados Unidos? ¿Por qué surgía, ni cómo podía surgir de un modo natural en la Comisión Monetaria, de mayoría hispanoamericana,

el pensamiento de oponerse a la clausura de una Comisión reunida para tratar de un proyecto que expresamente declaraban irrealizable, casi unánimemente, los delegados hispanoamericanos? Si a sí no se servían, ¿qué interés, en el seno de ellos, se aprovechaba de su buena voluntad excesiva y los ponía a su servicio? ¿O era, como decían los que saben del interior de la política, que el interés de un grupo político, o de un político tenaz y osado de los Estados Unidos, levantaba por resortes ocultos e influencias privadas una asamblea de pueblos contra la opinión solemne del gobierno de los Estados Unidos? ¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba a servir los intereses de quien los compele a ligas confusas, a ligas peligrosas, a ligas imposibles, desdeñando el consejo de los que, por su interés local de partidarios o por justicia internacional, les abren las puertas para que se salven de ellas?

Se meditó; se temió; se urgió; se corrió gran riesgo de hacer lo que no se debía: de dejar en pie al capricho de una política ajena, desesperada y sin escrúpulos,—una asamblea que, por lo complejo y delicado de las relaciones de muchos pueblos de Hispanoamérica con los Estados Unidos, podía, en manos de un candidato inclemente, ceder a los Estados Unidos más de lo que

conviniere al respeto y seguridad de los pueblos hispanoamericanos.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aún no cuajadas lleva a sus hijos, por singular desvío de la razón, o levadura enconada de servidumbre, a confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva a la ceguedad de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños u hostiles al país, que ha de crecer conforme a sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norteamérica no creía aconsejable lo que, más que a los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la prudencia local y respetable, o el temor, o la obligación privada, ponían más

cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vio, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

La Revista Ilustrada,
Nueva York, mayo de 1891



Cerrarle al carro el camino

Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, con motivo del Día Internacional de los Trabajadores, en la Plaza de la Revolución, el 1ro. de mayo del 2001, “Año de la Revolución victoriosa en el nuevo milenio”.



SEMBREMOS CONCIENCIA DEL PELIGRO Y DE LO QUE SIGNIFICA EL ALCA

Distinguidos invitados;
Queridos trabajadores;
Compatriotas:

Hace un año exactamente, nos reunimos aquí en histórica concentración. Ese día, después de 41 años se cambió el desfile tradicional del Primero de Mayo por Tribuna Abierta. Aquel fue un inolvidable acto de una inolvidable lucha.

Las imágenes fílmicas de aquel memorable día deberán preservarse con esmero para que las futuras generaciones conozcan cómo sus padres forjaron la victoria, y puedan vivir en parte las emociones de aquella jornada.

No hubo tregua cuando el padre regresó con el niño. Entonces la lucha apenas comenzaba. Tomamos conciencia de que la causa que originaba aquellas y otras tragedias permanecería indemne y no nos detendríamos, como juramos en Baraguá, hasta que fuesen erradicadas todas.

Después de heroica resistencia, a 42 años de bloqueo genocida y cruel, entrábamos al nuevo milenio con energías renovadas y multiplicadas fuerzas.

Una nueva era de lucha estaba comenzando. El imperio, mucho más poderoso, había devenido superpotencia única; pero nuestro pueblo, recién salido de la neocolonia, saturado de mentiras y propaganda macartista, poco instruido y casi analfabeto políticamente, había dado un colosal salto en la historia: había erradicado el analfabetismo y graduado cientos de miles de profesionales universitarios que poseían una cultura política muy superior a la de su adversario histórico; un pueblo que alcanza ya el más alto grado de unidad que había tenido jamás, que acumula gran experiencia política y colosal fuerza moral, patriótica e internacionalista; un pueblo que había soportado inmovible la invasión de Girón, la Crisis de Octubre, la guerra sucia, un bloqueo económico cada vez más riguroso, la desaparición de la URSS y del campo socialista, los pronósticos de una imposible supervivencia y un derrumbe seguro.

Hoy estamos frente a un adversario poderoso en todo menos en ética e ideas, sin mensaje ni respuesta a los graves problemas políticos, económicos y sociales que agobian al mundo

actual.

Nunca hubo tanta confusión, descontento e inseguridad en la esfera internacional. Al borde de una profunda crisis política y económica, el imperialismo no puede escapar de su propia sombra. Está condenado a saquear cada vez más al mundo y a promover el descontento y la rebelión universales, incluidos sus propios aliados.

La población autóctona y los pueblos de América Latina y el Caribe han sido víctimas durante casi dos siglos, de la política expansionista de Estados Unidos hacia el oeste y el sur del territorio original de las 13 Colonias, que se declararon independientes del dominio inglés en 1776. Primero, casi exterminó a los indígenas en su avance hacia el oeste. Más tarde, en 1835, promovió la independencia de Texas, en la que numerosos colonos norteamericanos previamente se habían asentado. En 1847 invadió y desató una brutal guerra contra México, como resultado de la cual, en febrero de 1848, se apoderó del 55 por ciento de su territorio. Así, exterminando indios y desalojándolos de las tierras donde habían vivido quién sabe cuántos siglos, comprando territorios de antiguas metrópolis europeas, anexándolos como hizo con Texas y conquistándolos como los

que arrebató a México, Estados Unidos, nutrido con grandes migraciones procedentes de Europa en la segunda mitad del siglo XIX, se había convertido ya en poderosa y próspera nación, mientras los Estados que surgieron del imperio colonial español desde La Patagonia hasta las fronteras de Canadá tras las luchas iniciadas por Venezuela en 1810, permanecían divididos y aislados.

El 20 de junio de 1898, Estados Unidos interviene militarmente en Cuba que, tras heroica y prolongada lucha de sus mejores hijos, estaba a punto de alcanzar su independencia frente a una exhausta y arruinada España. Nuestro país es ocupado por Estados Unidos durante casi cuatro años.

En 1902, sus tropas abandonan la Isla, tras dejar implantada una neocolonia cuyos recursos naturales, tierras y servicios quedaron en sus manos, garantizados por una Enmienda impuesta a nuestra Constitución que le daba derecho legal a intervenir militarmente en el país. El glorioso Partido creado por Martí había sido disuelto; el Ejército Libertador, que luchó durante treinta años, fue desarmado. Su lugar lo ocupó una institución militar organizada y entrenada por Estados Unidos a imagen y semejanza de su propio ejército. El arbitrario derecho a intervenir con

cualquier pretexto fue más de una vez utilizado.

Puerto Rico, hermana gemela de Cuba en el empeño libertador como “de un pájaro las dos alas”, fue convertida en colonia de Estados Unidos, triste condición que ha perdurado hasta hoy. Haití, República Dominicana, Guatemala, Nicaragua y otras naciones de Centroamérica, e incluso México, fueron más de una vez militarmente intervenidas directa o indirectamente por Estados Unidos. El istmo de Panamá fue ocupado para concluir y garantizar el estratégico Canal que administró durante casi un siglo. La penetración en el resto de las naciones de Sudamérica se produjo mediante grandes inversiones, golpes de Estado, gobiernos militares y creciente injerencia política, ideológica y cultural. Después de la Segunda Guerra Mundial, las manejó todas a su antojo.

El primer gran freno al expansionismo y al dominio político y económico de América Latina se produjo en Cuba con la Revolución del Primero de Enero de 1959. De ella surgió una nueva etapa en la historia de este hemisferio. El precio pagado por nuestra Patria hasta hoy es conocido. Incluso, por ello estuvo a punto de verse envuelta en una guerra nuclear.

Todo cuanto hicieron los gobiernos de Esta-

dos Unidos en este hemisferio hasta el momento actual estuvo fuertemente influido por su obsesión y temor ante la presencia desconcertante de la Revolución Cubana, desde los días de la invasión mercenaria de Playa Girón y la Alianza para el Progreso hasta la declaración de Bush en el bunker de Quebec, en la que invoca el nombre de José Martí, al que atribuye una frase equivocada sobre la libertad. Mas, si el triunfo de la Revolución Cubana los desconcertó, su admirable resistencia durante más de cuatro décadas a veces da la impresión de haberlos desquiciado.

Con una abyección repugnante que pasará a la historia como ejemplo sin precedentes de infamia, todos los gobiernos latinoamericanos, con excepción de México, se sumaron con mayor o menor resistencia al aislamiento y al bloqueo a Cuba. La OEA fue herida de tal forma, que no pudo restablecerse otra vez. Cuando se está fraguando ya una gigantesca anexión de los países de América Latina a Estados Unidos, nadie sabe por qué existe todavía y se gasta dinero en esa repugnante institución, invalidada moralmente para siempre por el entreguismo y la traición.

Lo que la OEA hizo entonces como instrumento de Estados Unidos, es lo que el imperio quiere hacer hoy con el ALCA; pero no para aislar

a Cuba, sino para liquidar la soberanía, impedir la integración, devorar los recursos y frustrar el destino de un conjunto de pueblos que suman, sin incluir a los anglófonos, más de 500 millones de habitantes con lengua latina, cultura e historia comunes.

Si un día la OEA entregó su alma al diablo, traicionó y vendió a Cuba recibiendo los países latinoamericanos, como premio, la cuota azucarera cubana, ascendente a varios millones de toneladas de azúcar en el mercado norteamericano y otras mercedes, ¿qué se puede esperar hoy de unos cuantos gobiernos burgueses y oligárquicos, sin principios políticos ni éticos, que votaron junto a Estados Unidos en Ginebra, por oportunismo o cobardía, para servirle en bandeja de plata pretextos y justificaciones a un gobierno de extrema derecha de Estados Unidos, con el objetivo de mantener su bloqueo genocida, e incluso podría servir como excusa para agredir al pueblo de Cuba?

Arrastrados por esa nefasta corriente anexionista, nada de extraño tiene que otros muchos, en la desesperación de enormes e impagables deudas y de una total dependencia económica, sean conducidos al suicidio del ALCA.

Hay políticos latinoamericanos que edulcoran sus almas cuando oyen hablar de libre

comercio, cual si vivieran todavía a mediados del siglo pasado cuando sólo dependían de las exportaciones de productos básicos y clamaban por la supresión de las trabas arancelarias de Estados Unidos. No se dan cuenta de que el mundo ha cambiado, que muchos de aquellos productos como las fibras, el caucho y otros materiales han sido sustituidos por productos sintéticos, o un alimento como el azúcar de caña por la fructosa procedente del maíz, con más poder edulcorante y menos calorías, preferida por muchas personas, o sabores artificiales como el de la vainilla, la fresa y otros muchos que imitan los de frutas tropicales y semitropicales. Sus mentes están congeladas en las demandas de hace medio siglo. El veneno neoliberal y otras falsedades los ciega incurablemente, e incluso engañan todavía a importantes sectores de la población que no comprenden la esencia de los problemas que sufren, a los cuales no se les explica nada, o les ocultan la información.

No cabe la menor duda de que al menos los gobiernos de dos países de los más importantes de América Latina, como la Venezuela bolivariana y Brasil, la mayor y más poblada nación latinoamericana, comprenden estas realidades y encabezan la resistencia.

Para Cuba, es absolutamente claro que el llamado Acuerdo de Libre Comercio de las Américas en las condiciones, plazo, estrategia, objetivos y procedimientos impuestos por Estados Unidos, conducen inexorablemente a la anexión de América Latina a Estados Unidos. Tal tipo de asociación entre una gigantesca potencia industrial, tecnológica y financiera, con países que padecen un alto grado de pobreza, subdesarrollo y dependencia financiera respecto a instituciones que están bajo la égida de Estados Unidos, que controla, rige y decide en el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y otras, impone tales condiciones de desigualdad, que sólo implicará la absorción total de la economía de los demás países de América Latina y el Caribe por la economía de Estados Unidos.

Todos los bancos, compañías de seguros, las telecomunicaciones, los servicios navieros y las líneas aéreas serán norteamericanos. El comercio pasará a manos norteamericanas, desde las grandes cadenas de comercialización hasta las ventas de pizzas y McDonalds.

La industria química, la automotriz, la de producción de maquinarias y equipos y otras que son fundamentales, pasarán a ser industrias

norteamericanas.

Los grandes centros de investigación, la biotecnología, la ingeniería genética y las grandes empresas farmacéuticas serán propiedad de las transnacionales de Estados Unidos. Las patentes y tecnologías, casi sin excepción, serán norteamericanas. Los mejores científicos latinoamericanos trabajarán en laboratorios norteamericanos.

Las grandes cadenas de hoteles serán norteamericanas.

La llamada industria de recreación será monopolio casi total de Estados Unidos. Hollywood producirá, como suministrador casi exclusivo, películas y seriales para los cines, las emisoras de televisión y los videocasetes de América Latina; nuestros países, que ya alcanzan un consumo de alrededor del 80 por ciento, verán crecer aún más el uso de esos productos destructores de sus valores y sus culturas nacionales. ¡Y qué maravilloso: dos o tres Disneylandias serán con seguridad construidas en Centro y Sudamérica!

Los pueblos latinoamericanos seguirían siendo fundamentalmente productores de materias primas, creadores de bienes primarios y colosales ganancias para el gran capital transnacional.

La agricultura norteamericana recibe subsidios que alcanzan 80 mil millones de dólares, y

seguirá recibéndolos en el futuro de una u otra engañosa forma. Su productividad por hombre y por hectárea, con empleo de grandes y sofisticadas máquinas y abundantes niveles de fertilización, es mucho mayor. Cultivarán granos genéticamente transformados, con rendimientos mucho mayores, independientemente de que sean o no compatibles con la salud humana.

Como consecuencia, los cultivos de maíz, trigo, arroz, soya y otros granos casi desaparecerán en muchos países latinoamericanos; no habrá para ellos ninguna seguridad alimentaria.

Cuando una gran sequía u otras calamidades afecten la producción agrícola en regiones enteras del mundo, grandes países como China, con abundantes reservas en divisas convertibles, o la India, con menos reservas pero con determinados recursos financieros, pueden verse obligados a comprar decenas de millones de toneladas de granos. Si eso ocurre, los precios pueden adquirir niveles inalcanzables para muchos países latinoamericanos, si sus producciones de granos son liquidadas por el ALCA. Por grandes que sean las cosechas, Estados Unidos sólo puede producir una pequeña parte de los alimentos que necesita una población mundial creciente, que hoy alcanza más de 6 mil 100 millones de habitantes. La

disminución de la producción de los alimentos en América Latina pueden afectar no sólo a esos países, sino también al resto del mundo.

Latinoamérica seguirá desempeñando, en condiciones cada vez más difíciles e insoportables, el triste papel de suministradora de materias primas y mano de obra cada vez más barata, comparada con los salarios que se pagan en Estados Unidos, 15 ó 20 veces mayores que los que las grandes transnacionales pagan en las fábricas que instalan en la región, las que además emplean cada vez menos personas por el nivel de automatización y la productividad que alcanzan. Es ilusoria, por tanto, la idea de que traerían abundantes puestos de trabajo. La agricultura, que suele ocupar en cambio un número de trabajadores más elevado, se vería afectada por las razones señaladas. El desempleo, por tanto, crecería considerablemente. En Alemania y otros países europeos padecen desempleos de hasta un 10 por ciento, a pesar de la enorme cantidad de industrias y servicios que poseen.

Las naciones latinoamericanas estarían llamadas a convertirse en enormes zonas francas que no pagan impuestos, o sólo muy reducidos. Los países han sido puestos a competir entre sí buscando a cualquier precio las inversiones ex-

tranjeras. Se les invita a producir vegetales de estación y frutas tropicales, que podrían suministrar a todo el mercado norteamericano con menos de un millón de hectáreas de tierras bien cultivadas.

Tal vez reciban un número mayor de turistas norteamericanos que viajarán por el inmenso territorio de Centro y Sudamérica, que se alojarán en hoteles norteamericanos, viajarán en líneas aéreas o en cruceros norteamericanos, utilizarán servicios de comunicación norteamericanos, comerán en restaurantes norteamericanos, comprarán en tiendas norteamericanas mercancías producidas en empresas norteamericanas con petróleo y materias primas latinoamericanas; exportarán combustible, cobre, bauxita, carne (si no hay fiebre aftosa), bananas y otras frutas si no hay medidas proteccionistas no arancelarias, y quizás algunas artesanías.

¿Qué irá quedando? La condición de trabajadores de las empresas norteamericanas en los empleos por lo general peor remunerados y más duros, o como sirvientes de las casas de los ejecutivos y jefes norteamericanos, los profesionales de alta calificación, o de lo que quede de las burguesías locales. Sólo minorías de burgueses privilegiados y sectores o capas medias de aristocracia obrera tendrán algo que ganar. Habrá

grandes masas de fuerzas laborales excedentes, como ocurre hoy en Argentina, cuyos índices de desempleo alcanzan entre el 15 y el 20 por ciento y no tendrán subsidio alguno. En eso pueden apreciarse los frutos de la globalización neoliberal, a pesar de las decenas de miles de millones de dólares de capital extranjero invertidos, la privatización y venta a empresas foráneas de la casi totalidad de las empresas estatales y la enorme deuda contraída por grandes préstamos recibidos.

El ALCA significará más neoliberalismo, menos protección a la industria y a los intereses nacionales, más desempleo y problemas sociales.

Es absolutamente seguro que las monedas nacionales desaparecerán. Ninguna podrá sostenerse; serán sustituidas por el dólar. Aún sin ALCA, hay ya una fuerte corriente en esa dirección, que involucra a varios países a partir de la decisión adoptada por Ecuador. La Reserva Federal de Estados Unidos dictará la política monetaria de cada uno de ellos. El ALCA, que beneficia sólo al gran capital transnacional, tampoco beneficiará a los trabajadores norteamericanos, muchos de los cuales quedarán sin empleo. Por eso también sus representantes protestan en Quebec con creciente fuerza, y protestaron antes con gran furia contra la OMC en Seattle.

Si Cuba no hubiese sido soberana en política monetaria, no habría podido jamás revalorizar siete veces el valor del peso entre 1994 y 1999, ni habría sido posible vencer el período especial.

Dos factores fueron decisivos: no pertenecer al Fondo Monetario Internacional y tener una política monetaria independiente.

A partir del instante en que lo dicho anteriormente sobre el ALCA ocurra, ya no podría hablarse de independencia y la anexión comenzaría a ser una realidad. No hay un ápice de exageración en lo que hasta aquí he afirmado.

Lo peor, lo más triste, cínico e hipócrita, es que este monstruoso paso se pretenda llevar a cabo sin consultar al pueblo. Esa es toda la democracia que pueden concebir el imperio y sus lacayos.

Si bien albergó la más firme convicción de que América Latina y el Caribe podrán ser devorados, pero no digeridos por el decadente imperio, ya que los pueblos harían renacer las naciones de nuestro continente de sus propias cenizas para integrarse entre ellas, como deben integrarse y unirse en busca de un destino superior y más decoroso, sería mucho mejor que los cientos de millones de latinoamericanos y caribeños nos ahorremos una durísima etapa de posterior lucha

por nuestra liberación.

¡Evitemos la anexión, exijamos resueltamente y desde ahora que ningún gobierno pueda vender una nación a espaldas del pueblo! ¡No puede haber anexión si hay plebiscito! Sembremos conciencia del peligro y de lo que significa el ALCA.

Reavivemos la dignidad y los sueños de Bolívar, la dignidad y los sueños de San Martín, O'Higgins, Sucre, Morazán, Hidalgo, Morelos, Juárez y Martí (Aplausos).

¡Que nadie se haga ilusiones de que los pueblos se cruzarán de brazos y permitirán ser vendidos como esclavos en subasta!

Hoy haremos la primera protesta. Con centenares de miles de cubanos, dentro de unos minutos partiremos en marcha latinoamericana de protesta ante la Oficina de Intereses de Estados Unidos, con la consigna de ¡Anexión no, plebiscito sí! ¡Anexión no, plebiscito sí! ¡Anexión no, plebiscito sí! (Aplausos y Exclamaciones de: "¡Anexión no, plebiscito sí!") Que resuene bien alto y se escuche en Washington.

Digamos hoy, en compañía de cientos de líderes y representantes de los trabajadores de América Latina, del Caribe, Estados Unidos, Canadá, Europa, Asia y África: ¡Independencia de América Latina y el Caribe o Muerte!

¡Hasta la victoria siempre! (Aplausos y Exclamaciones de: “¡Fidel, Fidel!”)
¡Venceremos!
(Ovación)

(Versiones Taquigráficas-Consejo de Estado)



Índice

América para la humanidad / IX	
Congreso Internacional de Washington / 1	
Madre América / 25	
La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América / 45	
Cerrarle al carro el camino / 71	

